

ENTRE VIENTOS Y MAREAS:

LA PESCA ARTESANAL EN LAS ISLAS DEL ARCHIPIÉLAGO DE SAN BERNARDO

Sandra Paola Armesto Noriega y Amalia Ivon Ramos Socha*

 Fotografía Danny Martínez

* Antropólogas, Universidad del Magdalena



Ubicación geográfica del Archipiélago de San Bernardo. Fuente: Google Earth

Contexto geohistórico

El archipiélago de San Bernardo se encuentra en el Caribe Insular Colombiano frente al Golfo de Morrosquillo. Está conformado por un conjunto de 10 islas —Palma, Panda, Mangle, Cabrana, Boquerón, Maravilla y Tintipán, Ceicén, Múcura e Islote— donde se concentran los habitantes del archipiélago. Este grupo de islas se encuentra rodeado por una gran “extensión arrecifal coralina que se extiende por unos 165 km sobre la región central de la plataforma continental del Caribe” (Flórez y Etter, 2003, 344) altamente biodiversa y rica en peces, que proporciona abundantes recursos indispensables para el sustento diario de la población nativa.¹

Desde la llegada de los primeros baruleros² a las islas de San Bernardo hasta la actualidad, sus prácticas han sido desarrolladas alrededor de 6 islas principales: Islote, Múcura, Tintipán, Ceicén, Panda y Mangle. Por su lado, el resto de islas que conforman el archipiélago como Palma, Boquerón y Cabrana no son usadas por la comunidad debido a la lejanía que hay respecto a las islas principales; el uso de estas recae en las comunidades aledañas que habitan la zona costera de Sucre, ya sea desempeñándose como empleados en la sede del hotel Decamerón en Isla palma o como pescadores en los caladeros de pesca que bordean dichas islas.

Las islas principales ya mencionadas han sido usadas históricamente por la comunidad en su diario vivir, desde las primeras generaciones hasta las actuales, en diversas actividades que dan cuenta del conocimiento adquirido y transmitido. Entre esas actividades se encuentra la pesca artesanal como principal arte de subsistencia y acceso a la economía monetaria, alternada con el turismo, actividad incorporada en la vida de los nativos con la llegada del turismo a la zona a finales de los años 70. Eso modificó las formas de relacionamiento en el territorio, hecho que ha generado cambios en el sistema social y económico, así como la proliferación de conflictos ambientales y sociales en el territorio.

¹ Con frecuencia se mencionará en el texto la palabra “nativos”, categoría con la que se autodenominan los isleños por haber nacido y crecido en las islas.

² El poblamiento de las islas del archipiélago se dio por pescadores provenientes de la península de Barú, Bolívar, desde principios del siglo XIX. Como resultado de este proceso migratorio hacia estas islas, los habitantes actuales, en su mayoría son descendientes de baruleros.

La pesca artesanal en el archipiélago de San Bernardo

La práctica de la pesca artesanal entendida como “una actividad productiva a pequeña escala que hace una apropiación material y social de recursos naturales renovables y móviles, basada en la unidad familiar, con técnicas e instrumentos de relativa poca complejidad tecnológica (Diegues, 1983, en Márquez, 2012, 10) ha sido, desde el poblamiento del archipiélago, el principal medio que provee el sustento a los habitantes. Al principio solo venían por temporadas y, al transcurrir de un largo tiempo, fueron asentándose hasta conformar lo que es hoy el archipiélago.

El desarrollo de estas prácticas por parte de los habitantes del archipiélago aun antes de arribar a estas zonas, les permitió desarrollar un sistema particular de relacionamiento con el ecosistema, adaptándose, entendiéndolo y conociéndolo. En sus inicios, la pesca era una actividad destinada netamente a la subsistencia, complementada en un momento dado con la agricultura. Sin embargo, con el tiempo fue transformándose en una actividad que les permitía generar ingresos económicos al lograr insertarse y sintonizarse con la lógica del mercado y con la llegada del turismo a las islas. De esa manera fue creciendo en ellos el deseo de acceder a “beneficios” a través del capital monetario, de modo que los pobladores pescaban de manera simultánea para la venta y para la subsistencia.

Dado lo anterior resulta complicado clasificar a la población entre quienes practican o no la pesca, pues, toda la población masculina la ejerce, aunque sea de manera ocasional, alternándola en la actualidad con el turismo. No obstante, cabe señalar que aunque es vista como una labor tradicionalmente de hombres, no son pocas las mujeres que la realizan o la realizaron en algún momento de sus vidas o como pasatiempo en la niñez.

El conocimiento adquirido de la pesca, transmitido de generación en generación, ha permitido que la práctica se mantenga vigente hasta la actualidad. Es común observar a niños y niñas pescando como uno de sus pasatiempos favoritos, ya sea solos o como acompañantes en las faenas de pesca de los adultos, quienes son los encargados de transmitir el conocimiento tradicional sobre la pesca. En este sentido, siguiendo lo que dice Escobar (1999) citando a Ingold (1995, 1996) el conocimiento debe asumirse como una actividad localizada compuesta por una historia cambiante de prácticas; desde esta perspectiva el conocimiento es un proceso de aprendizaje de destrezas como parte del involucramiento con el entorno.



EN LA ACTUALIDAD, LA REALIDAD LOCAL DE LA POBLACIÓN NO SOLO ESTÁ ATRAVESADA POR FACTORES EXTERNOS COMO EL TURISMO, SINO QUE TAMBIÉN ESTÁ CONDICIONADA POR FIGURAS JURÍDICAS CONSERVACIONISTAS IMPUESTAS POR EL ESTADO SOBRE EL ARCHIPIÉLAGO. SON POLÍTICAS CREADAS COMO RESPUESTA A LA PREOCUPACIÓN POR LA CRISIS GLOBAL ANTE LA CRECIENTE, VERTIGINOSA E INSTITUCIONALIZADA ECONOMIZACIÓN DEL MUNDO. CON ELLO SE HA GENERADO UNA NUEVA FORMA DE LA PENETRACIÓN DEL CAPITALISMO A TRAVÉS DE CONSERVACIONISMO, EL CUAL APELA ÚNICAMENTE AL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO DE OCCIDENTE.

De ahí que esta práctica no sea independiente de todo contexto, pues se encuentra condicionada por factores que no dependen del pescador. Para que ésta sea posible, todo deberá estar de acuerdo. Si la naturaleza no se pone a favor del pescador, la faena no podrá realizarse. De ninguna manera debe, como dicen los isleños, “haber mal tiempo”, el cual consiste en fuertes vientos y oleajes, al momento de salir a pescar. Tampoco es conveniente para los pescadores la lluvia, pues, como ellos afirman “a la naturaleza se le debe respetar” y cuando ella se une con otros acontecimientos, el pescador quedará aún más expuesto a ella independientemente del tipo de pesca que se realice. Esto se traduce en que el mar debe estar tranquilo y apacible para que el pescador pueda sacar provecho de lo que por tanto tiempo, en distintas épocas, de diferentes maneras y cantidades, le ha ofrecido.

Entonces todo dependerá de la disposición que tenga el mar con las personas que entran en una profunda relación con él, sin importar para qué o para quién sea lo producido.

Por lo tanto, el mar y todo lo que está dentro de él es descifrado por los pescadores; ellos aprenden a conocerlo, entenderlo, tratarlo, respetarlo y en ocasiones hasta domarlo. Lo que a simple vista para un foráneo son aguas cristalinas, turbias y atractivas para sumergirse, es, no solo para los pescadores, sino para todos lo que habitan el archipiélago, un lugar lleno de significados y saberes acumulados transmitidos de generación en generación, que les permite andar al ritmo del viento y el vaivén de las olas.

El uso ancestral que los habitantes del archipiélago le han dado al territorio no se limita a las porciones terrestres de las islas; también el mar hace parte indispensable de sus vidas. De este modo, la pesca es una práctica tradicional de los pobladores de las islas de San Bernardo. Los pescadores se distribuyen alrededor de las islas: Islote, Múcura, Tintipán, Ceicén, Panda, Mangle y Maravilla para poder realizar sus faenas. Ellas son la guía para la ubicación de los amplios arrecifes coralinos que rodean las islas, pero también existen *bajos* (forma local de denominar a los arrecifes coralinos), como los que están en los alrededores de Isla Boquerón e Isla Palma, que los pescadores no usan por la lejanía y el esfuerzo físico que implica desplazarse hasta ellos en bote a remo o por los altos

gastos económico que significa trasladarse en lancha con motor.

Entre los principales arrecifes coralinos que sirven de banco de especies marinas, o bajos, usados ancestralmente, están: Patancoro, Los Machos, Redondo, Las Piedras, La Pelota de Freddy, Blanco, Pelota de El Gaby, La Pelota de Julián, Las Piedras, Ruma, Nuevo, Risco de Tío Luis, Las Monteras Largas, Sotavento, Caribaná, Caribanita, Minaalta, Carea, El Palmal, Agustín, La Esponja, Tío Sorda, Risco Pepe, El Carpita, Las Lapas, Freddy, Melo, El Medio, Los Machos, Juan Marcelo, Las Lapas, Rabioahorcao, Llano.

A cada lugar de pesca se le asigna un nombre, evidencia del conocimiento simbólico y ancestral de los sitios de pesca en el mar; en respuesta a esto, los bajos reciben el nombre o apodo de la persona que los encontró o que ha venido pescando desde siempre allí; o se les nombra según las características del arrecife o por algún acontecimiento en particular que sucedió en ese lugar. Algunos nombres son: por nombres o apodos, Bajo Tío José, Tío Luis, Chapolo, Tío Sorda, Juan Marcelo, bajo El Medio; La Poza, un lugar bastante profundo donde se encuentran piedras y hay pescados; Bajo Redondo, el arrecife es de forma circular; Mina Alta, antes había muchos peces y le decían la mina; Rabioahorcao porque hace muchos años un pescador se ahorcó en este lugar.

Hay bajos especiales para determinado tipo de pesca; algunos son frecuentados porque son bancos de crustáceos como cangrejos y langostas, siendo estos los más apetecidos por los buceadores. También están los bajos que son ideales para la pesca y el buceo. Cuentan los pescadores que las fases de la luna y las corrientes marinas según la época del año sirven como indicadores del bajo al que deben dirigirse para sus faenas, pues cada luna atrae determinadas especies a cada bajo.

Hay lunas que traen cantidades de langosta y no trae peces, hay lunas que traen peces y no traen langostas, hay lunas en que sale el caracol y no sale la langosta, ahora con la luna nueva posiblemente puede salir buen caracol. El movimiento también del pescao porque vea nosotros ya tenemos clasificados los bajos, cuando es luna nueva vamos pa' tal bajo, en la luna nueva se consigue pargo, los peces más grandes y se consiguen más mansitos, como hay veces que también la

langosta. En luna nueva a veces la langosta no vino, pero cuando la luna fue creciente capturamos harta langosta o pescao. Mientras es creciente hasta llena ella hace cualquier evolución o trae o lleva, cuando va menguando uno también tiene la esperanza, ahora que la luna se vaya puede entrar [langosta] (conversación con Daniel Hidalgo, 18 de marzo de 2015).

Las embarcaciones usadas para la pesca son variadas, hay botes hechos a base de madera y fibra de vidrio, de diferentes tamaños, los más pequeños son usados con

remos y los más grandes con motores de diferentes caballos de fuerza. La mayoría de pescadores utilizan las embarcaciones pequeñas con remo para desplazarse hasta los bajos, en especial los más cercanos, pues resultan beneficiosas, ya que no generan costos por la compra de gasolina y, además, ayudan a la conservación de los arrecifes coralinos. Para los bajos que representan largas distancias prefieren usar embarcaciones con motor, que dependiendo del recorrido se abastecen de la gasolina que se requiera para la faena; sin embargo, para trayectos largos como el que implica transportarse hasta Ceicén y los bajos cercanos a ella, algunos usan botes a vela.



Embarcación pequeña usada con remo (16 de abril de 2015). Archivo fotográfico

Para las faenas de pesca los pescadores acostumbran salir de una a cuatro personas; para el buceo, mínimo es una persona, máximo dos. Es común que el grupo de pescadores que se reúna para ir a pescar tenga algún lazo de parentesco, aun así, también hay casos en los que no lo hay. A las faenas salen entre hermanos, primos, padres e hijos, amigos y algunas veces solos. Las faenas duran aproximadamente de 8 a 9 horas. Lo usual es salir desde muy temprano en la mañana y regresar pasado el mediodía, entre las dos y tres de la tarde; algunos prefieren salir de noche a pescar o bucear. El producido del día se vende en las pesquerías, los restaurantes y, cuando es temporada, a los foráneos que tienen casas de recreo en las islas. La repartición se hace por partes iguales entre las personas que participaron en la faena, en el caso de las pescas en grupo; cuando la embarcación es prestada también se destina una parte de las ganancias para el dueño y otra parte para la inversión que se hizo en gasolina; pero puede suceder que la faena no dé los resultados esperados.

Pesando pescados (6 de marzo de 2015).
 Archivo fotográfico



La pesca es como un billete de lotería, hay días que sales y vienes sin nada, hasta 2 y 3 días se aguanta uno así. Por eso uno guarda de lo que ya ha ganado y ahí va gastando poco a poco. El pescado lo vendemos en las pesquerías de acá, los restaurantes y cuando hay temporada a turistas a 6000 el kilo y el dinero que resulte de la venta se reparte por igual (Conversación con Eugenio de Hoyos, 25 de abril de 2015)

Una fructífera faena de pesca depende de la época del año, en los meses de lluvia. Cuando hay fuertes vientos y altas mareas, no es recomendable salir a pescar. Sin embargo, es en estos tiempos cuando hay abundancia de peces atraídos por las corrientes de agua fría. Por ende, es reducido el tiempo para pescar por las condiciones climáticas, pero en las escasas faenas el producto marino abunda. Todo lo contrario sucede en los meses de verano donde escasean los peces, pero el tiempo para salir a pescar es amplio, pues no es afectado por malos tiempos.

Aquí la mejor pesca es a partir de mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre y noviembre. El mes de mayo es un mes de lluvia y se crece mucho el río Sinú, y cuando ese río se crece que el agua llega hasta acá, sale mucho los alevinos, camarones y el pescado sale más, es que abunda más la pesca (Conversación con Eugenio de Hoyos 18 de abril de 2015)

La técnica más usada es la pesca con cordel y anzuelo de diferentes formas. La más sencilla se realiza con un anzuelo mientras el bote permanece estático a la espera de que algún pez muerda el anzuelo, o con la embarcación en movimiento, conocida como “correteo”, que consiste en poner a andar la lancha sosteniendo el cordel mientras va andando. Para más facilidad en el momento de sostener el cordel, en los últimos años los pescadores han implementado moneles, lo que les permite maniobrar el nailon a través de él sin maltratarse las manos. Juan Alberto, pescador a cordel, explica el uso del monel:

Este es el monel, acá arriba tiene el nailon, el cordel, lo que uno llama cordel, porque esto es el que uno echa, pero como es tan peligroso que le corta los dedos a uno, entonces uno le pone el cordel pa' llevarlo aguantao, para que cuando pique no le corte la mano a uno. Entonces a medida que pique ya uno con los guantes sí lo trabaja bien” (12 de octubre de 2015)



Cordel de pesca enrollado en un monel (6 de abril de 2015).
Archivo fotográfico



Palangre (6 de abril de 2015).
Archivo fotográfico



Anzuelos de pesca (6 de abril de 2015). Archivo fotográfico

Otra forma de usar el cordel es a modo de palangre. Este se compone de un nailon con varias ramificaciones, sus respectivos anzuelos y un peso en el extremo que le permite caer en la profundidad; a mayor profundidad, requiere más peso. Es usado por lo general para profundidades de dos brazas en adelante. La braza es la medida estándar que usan los pescadores para calcular las profundidades en las que pescan o bucean.

El palangre es el nailon, la pesa y los anzuelos que están enrollados ahí. Se usa pesa para la profundidad, se pesca a veces a 120 mts o 160 mts o más. Entre más profundo más pesada es la pesa. Esto es para que llegue más rápido, porque entre más rápido llegue, más nos conviene a nosotros los pescadores, la pesca es más rápida. (Conversación con Juan Alberto, 12 de octubre de 2015)

Los anzuelos para acompañar el nailon varían según la profundidad a la que se lance. Si es muy hondo, se requiere un anzuelo grande; si es llano, uno mediano; si es seco, uno pequeño. Las principales carnadas son los calamares y las sardinas. Así mismo, los anzuelos varían según el tipo y tamaño del pez. Los peces de gran tamaño, como picúas, barracudas, bonitos y sierras se encuentran en profundidades grandes y cada pescador sabe en qué parte del mar se encuentran más unas especies que otras.

Con el monel enrollamos las líneas de pesca y dependiendo del pez que se quiera coger se usa el anzuelo. Hay anzuelos para peces grandes y pequeños, así como para las brazas a las que se vayan a tirar (Conversación con Juan Alberto, 12 de octubre de 2015)

Por su parte, para el buceo también se sale desde muy temprano con el equipo necesario: tubo, aletas y máscara, arpón para la cacería de peces grandes, gancho de metal con un garfio en la punta y un lazo para atrapar langostas y cangrejos.

Equipo de buceo (6 de abril de 2015).
Archivo fotográfico



Los buceadores practican este arte a pulmón para atrapar peces, cangrejos, langostas y caracoles. Esta técnica requiere mucha concentración, paciencia, resistencia bajo el agua y conocimiento de los bajos donde hay mayor anidación de determinadas especies, pues el buceo también puede denominarse como una práctica de cacería donde hay que estar a la expectativa para el momento en que aparezca el producto. Al final de la jornada se vende la producción en las pesquerías.

Alternamente a la práctica de la pesca artesanal como actividad de subsistencia, la llegada del desarrollo turístico al archipiélago ha configurado una realidad paradójica para los nativos. Aunque es una alternativa de empleo y acceso al dinero para algunos, otros culpan al turismo y a las personas que salieron a vivir a ciudades cercanas, de la pérdida de algunas costumbres.

Es que eso fueron los cachacos, los turistas que vinieron fueron los que cambiaron algunas cosas aquí; porque entonces, por ejemplo, venían en semana santa y convidaban a nadar, a bucear a la gente de aquí, a pescar y ahí fue donde se fueron perdiendo algunas costumbres de la semana santa. Los que estudiaban por fuera y llegaban decían que eso tenía que ser lo mismo que afuera, y ponían música. Por el contacto de los cachacos y los que

salieron. Como uno estudiaba aquí no cambiaba nada. La ciudad cambia las costumbres, la gente aquí ha salido y pierden las costumbres y otros han llegado. En otros pueblos que tienen todo, como poco salen aún se conservan algunas tradiciones (Robinson Hidalgo, 24 de marzo de 2014)

En la actualidad, la realidad local de la población no solo está atravesada por factores externos como el turismo, sino que también está condicionada por figuras jurídicas conservacionistas impuestas por el Estado sobre el archipiélago. Son políticas creadas como respuesta a la preocupación por la crisis global ante la creciente, vertiginosa e institucionalizada economización del mundo. Con ello se ha generado una nueva forma de la penetración del capitalismo a través de conservacionismo, el cual apela únicamente al conocimiento científico de occidente.

En este sentido, las islas del archipiélago son consideradas por el Estado como baldíos reservados de la nación según el código fiscal vigente de 1912. La adjudicación de esta categoría a las islas justifica toda intervención estatal para mantenerlas como propiedad del Estado, ignorando con ello la ocupación histórica y las formas de vida generadas desde el conocimiento tradicional del territorio por la comunidad local desde principios del siglo XIX. De este modo, la condición de habitar baldíos pertenecientes a la nación desde la perspectiva institucional niega la

posibilidad de existencia de la comunidad. La legitimidad de esta figura jurídica se hizo efectiva en el momento que el Estado vio la necesidad de recuperar las propiedades que venían siendo ocupadas indebidamente por foráneos a través de hoteles y casas de recreo en la zona, incluyendo dentro de esta categoría a los nativos que desde hace aproximadamente 180 años están habitando la zona.

Sumado a esta situación, el archipiélago fue declarado desde 1996 como Parque Nacional Natural Corales del Rosario y San Bernardo, así como Área Marina Protegida desde el 2005. Esto coincidió con la progresiva degradación del ecosistema provocada por varios factores entre los que encontramos la afluencia de turismo masivo a la zona, los sedimentos del canal del Dique y el mal manejo de los recursos marinos por los nativos para poder responder a la creciente demanda

turística en medio de un proceso de integración a estos nuevos sistemas económicos. Desde dichas fechas, los habitantes del archipiélago viven en constante relación con las autoridades ambientales presentes en la zona y con las normas expedidas para la protección de la biodiversidad presente, las cuales restringen a la población, pues han sido creadas bajo esquemas erróneamente planificados y contrarios a las realidades locales.

Dado el contexto institucional presente en el territorio, la comunidad ha puesto en marcha un proceso étnico-político organizándose y afirmándose como comunidad negra con derechos étnicos, territoriales, sociales, políticos, económicos y ambientales reconocidos en la constitución política y en la ley 70 de 1993, con el pleno objetivo de defender el territorio. Así, han desembocado en un movimiento social.

ES QUE ESO FUERON LOS CACHACOS, LOS TURISTAS QUE VINIERON FUERON LOS QUE CAMBIARON ALGUNAS COSAS AQUÍ; PORQUE ENTONCES, POR EJEMPLO, VENÍAN EN SEMANA SANTA Y CONVIDABAN A NADAR, A BUCEAR A LA GENTE DE AQUÍ, A PESCAR Y AHÍ FUE DONDE SE FUERON PERDIENDO ALGUNAS COSTUMBRES DE LA SEMANA SANTA.

BIBLIOGRAFÍA

Flórez C. y A. Etter (2003). *Caracterización ecológica de las Islas Múcura y Tintipán, Archipiélago de San Bernardo, Colombia*. Revista Académica Colombiana Científica. 27(104), 343-356.

Márquez, A.I. (2012). *Apuntes teóricos sobre la importancia del conocimiento tradicional para el manejo de pesquerías artesanales: una aproximación desde las ciencias sociales*. Proceedings of the 65th Gulf and Caribbean Fisheries Institute. Santa Marta, Colombia.

Escobar, A. (1999). *El final del salvaje: naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

Unidad Administrativa Especial del Sistema de Parques Nacionales Naturales (UAESPNN). (2006). Plan de Manejo del Parque Nacional Natural Corales del Rosario y San Bernardo. Recuperado de: www.parquesnacionales.com ■